



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 24 de abril de 2002

Invitación solemne a renovar la alianza

1. "Tocad la trompeta por la luna nueva, que es nuestra fiesta" (*Sal* 80, 4). Estas palabras del salmo 80, que se acaba de proclamar, remiten a una celebración litúrgica según el calendario lunar del antiguo Israel. Es difícil definir con precisión la festividad a la que alude el salmo; lo seguro es que el calendario litúrgico bíblico, a pesar de regirse por el ciclo de las estaciones y, en consecuencia, de la naturaleza, se presenta firmemente arraigado en la historia de la salvación y, en particular, en el acontecimiento fundamental del éxodo de la esclavitud de Egipto, vinculado a la luna nueva del primer mes (cf. *Ex* 12, 2. 6; *Lv* 23, 5). En efecto, allí se reveló el Dios liberador y salvador.

Como dice poéticamente el versículo 7 de nuestro salmo, fue Dios mismo quien quitó de los hombros del hebreo esclavo en Egipto la cesta llena de ladrillos necesarios para la construcción de las ciudades de Pitom y Ramsés (cf. *Ex* 1, 11. 14). Dios mismo se había puesto al lado del pueblo oprimido y con su poder había eliminado y borrado el signo amargo de la esclavitud, la cesta de los ladrillos cocidos al sol, expresión de los trabajos forzados que debían realizar los hijos de Israel.

2. Sigamos ahora el desarrollo de este canto de la liturgia de Israel. Comienza con una invitación a la fiesta, al canto, a la música: es la convocación oficial de la asamblea litúrgica según el antiguo precepto del culto, establecido ya en tierra egipcia con la celebración de la Pascua (cf. *Sal* 80, 2-6a). Después de esa llamada se alza la voz misma del Señor a través del oráculo del sacerdote en el templo de Sión y estas palabras divinas ocuparán todo el resto del salmo (cf.

vv. 6b-17).

El discurso que se desarrolla es sencillo y gira en torno a dos polos ideales. Por una parte, está el don divino de la libertad que se ofrece a Israel oprimido e infeliz: "Clamaste en la aflicción, y te libré" (v. 8). Se alude también a la ayuda que el Señor prestó a Israel en su camino por el desierto, es decir, al don del agua en Meribá, en un marco de dificultad y prueba.

3. Sin embargo, por otra parte, además del don divino, el salmista introduce otro elemento significativo. La religión bíblica no es un monólogo solitario de Dios, una acción suya destinada a permanecer estéril. Al contrario, es un diálogo, una palabra a la que sigue una respuesta, un gesto de amor que exige adhesión. Por eso, se reserva gran espacio a las invitaciones que Dios dirige a Israel.

El Señor lo invita ante todo a la observancia fiel del primer mandamiento, base de todo el Decálogo, es decir, la fe en el único Señor y Salvador, y la renuncia a los ídolos (cf. *Ex* 20, 3-5). En el discurso del sacerdote en nombre de Dios se repite el verbo "escuchar", frecuente en el libro del Deuteronomio, que expresa la adhesión obediente a la Ley del Sinaí y es signo de la respuesta de Israel al don de la libertad. Efectivamente, en nuestro salmo se repite: "Escucha, pueblo mío. (...) Ojalá me escuchases, Israel (...). Pero mi pueblo no escuchó mi voz, Israel no quiso obedecer. (...) Ojalá me escuchase mi pueblo" (*Sal* 80, 9. 12. 14).

Sólo con su fidelidad en la escucha y en la obediencia el pueblo puede recibir plenamente los dones del Señor. Por desgracia, Dios debe constatar con amargura las numerosas infidelidades de Israel. El camino por el desierto, al que alude el salmo, está salpicado de estos actos de rebelión e idolatría, que alcanzarán su culmen en la fabricación del becerro de oro (cf. *Ex* 32, 1-14).

4. La última parte del salmo (cf. vv. 14-17) tiene un tono melancólico. En efecto, Dios expresa allí un deseo que aún no se ha cumplido: "Ojalá me escuchase mi pueblo, y caminase Israel por mi camino" (v. 14).

Con todo, esta melancolía se inspira en el amor y va unida a un deseo de colmar de bienes al pueblo elegido. Si Israel caminase por las sendas del Señor, él podría darle inmediatamente la victoria sobre sus enemigos (cf. v. 15), y alimentarlo "con flor de harina" y saciarlo "con miel silvestre" (v. 17). Sería un alegre banquete de pan fresquísimo, acompañado de miel que parece destilar de las rocas de la tierra prometida, representando la prosperidad y el bienestar pleno, como a menudo se repite en la Biblia (cf. *Dt* 6, 3; 11, 9; 26, 9. 15; 27, 3; 31, 20). Evidentemente, al abrir esta perspectiva maravillosa, el Señor quiere obtener la conversión de su pueblo, una respuesta de amor sincero y efectivo a su amor tan generoso.

En la relectura cristiana, el ofrecimiento divino se manifiesta en toda su amplitud. En efecto,

Orígenes nos brinda esta interpretación: el Señor "los hizo entrar en la tierra de la promesa; no los alimentó con el maná como en el desierto, sino con el grano de trigo caído en tierra (cf. *Jn* 12, 24-25), que resucitó... Cristo es el grano de trigo; también es la roca que en el desierto sació con su agua al pueblo de Israel. En sentido espiritual, lo sació con miel, y no con agua, para que los que crean y reciban este alimento tengan la miel en su boca" (*Homilía sobre el salmo 80*, n. 17: Origene-Gerolamo, *74 Omelie sul Libro dei Salmi*, Milán 1993, pp. 204-205).

5. Como siempre en la historia de la salvación, la última palabra en el contraste entre Dios y el pueblo pecador nunca es el juicio y el castigo, sino el amor y el perdón. Dios no quiere juzgar y condenar, sino salvar y librar a la humanidad del mal. Sigue repitiendo las palabras que leemos en el libro del profeta Ezequiel: "¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado y no más bien en que se convierta de su conducta y viva? (...) ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel? Yo no me complazco en la muerte de nadie, sea quien fuere, oráculo del Señor. Convertíos y vivid" (*Ez* 18, 23. 31-32).

La liturgia se transforma en el lugar privilegiado donde se escucha la invitación divina a la conversión, para volver al abrazo del Dios "compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad" (*Ex* 34, 6).

Saludos

Saludo con afecto a los visitantes de lengua española, en particular a los catequistas mexicanos, acompañados por monseñor Felipe Padilla, obispo de Tehuantepec. Saludo también a los demás peregrinos de México y de Chile. Invito a todos a agradecer al Señor su infinita misericordia y el generoso perdón con que nos salva. Muchas gracias.

(En lengua checa)

Amadísimos hermanos, ayer celebramos la fiesta de san Adalberto, el primer obispo bohemio que gobernó la diócesis de Praga. Que la valiosa herencia de este santo obispo estimule en vosotros el anhelo de la verdad y del servicio a Dios con corazón indiviso.

(En croata)

La liturgia de las Horas es la plegaria de toda la Iglesia, que se realiza siguiendo el recorrido del tiempo. En ella encuentra a su Señor y se une a su oración, que presenta incesantemente al Padre en nombre de los hombres y por ellos.

(En italiano)

Mi pensamiento se dirige por último a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. Mañana la liturgia hará memoria de san Marcos evangelista, el cual, formado en la escuela del divino Maestro, anunció el Evangelio con celo incansable. Que su ejemplo e intercesión os impulsen a

vosotros, queridos *jóvenes*, a vivir de modo auténtico y coherente vuestra vocación cristiana; os ayuden a vosotros, queridos *enfermos*, a perseverar en la esperanza y a ofrecer vuestros sufrimientos en unión con los de Cristo por la salvación de la humanidad; y os sostengan a vosotros, queridos *recién casados*, en vuestro compromiso recíproco de fidelidad y amor.

* * * * *

Llamamiento en favor de la paz en Tierra Santa.

Mi pensamiento se dirige constantemente a la basílica de la Natividad en Belén, donde la comunidad religiosa y otras muchas personas siguen sufriendo el asedio, que se prolonga ya desde hace veintidós días. Sus condiciones, ya dramáticas por la falta de agua y alimento, se han agravado aún más después de la interrupción de las líneas telefónicas. Continuemos orando al Señor para que se encuentre por fin una solución a esta situación inhumana y se llegue, con la colaboración de todos, a la anhelada paz en aquella región tan querida para todos los creyentes.